

Movimientos sociales: entre la resistencia y la confrontación, entre lo privado y lo público

Jorge Mendoza García*

*Cuando el gran señor pasa,
el campesino sabio hace una gran reverencia
y silenciosamente se echa un pedo.*

Proverbio etíope

En los últimos tiempos, las agrupaciones que se han convertido en movimientos sociales han actuado bajo dos lógicas: 1) la resistencia y 2) la confrontación; y en dos niveles: *a)* el privado y *b)* el público. Los hay que operan únicamente en el ámbito de la resistencia y en lo privado pero, asimismo, los hay que operan y se desplazan de una a otra lógica, de la resistencia a la confrontación y viceversa, y de uno a otro nivel, de lo privado a lo público y viceversa. Tales formas pueden argumentarse desde la psicología social, y pueden plantearse como dinámicas que operan dependiendo del momento en que se sitúe un movimiento y de las condiciones que lo rodean. El presente trabajo argumenta las dinámicas psicosociales en las que se han desplazado, y siguen actuando, los movimientos sociales modernos, y cuya acuciosidad parece en el futuro próximo no modificarse.

Palabras clave: movimientos sociales, dinámica psicosocial, resistencia, confrontación, privado, público.

Introducción

Las distintas expresiones de los movimientos sociales a lo largo del siglo XX han cobrado dos lógicas. Por un lado, se han mantenido

* Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional y profesor invitado de la maestría en psicología social de la Universidad Autónoma de Querétaro. Correo electrónico: jorgeuk@correo.unam.mx

como formas de resistencia, ya sea en el terreno cultural, como los indígenas o los no clericales, o bien, ante determinadas ofensivas de los grupos en el poder, como los campesinos o ciertos sectores de trabajadores. Por el otro, han utilizado la estrategia de la confrontación, sea para demandar espacios de participación o democracia, como los médicos o los ferrocarrileros en los inicios de la segunda mitad del siglo pasado, o para ganar espacios políticos, como el movimiento estudiantil de 1968. Asimismo, los distintos movimientos sociales se han conducido en dos espacios para su sobrevivencia o ganar presencia. De esta manera, tenemos el espacio de lo privado, donde resisten, se organizan y no quieren ser vistos, por cuestiones estratégicas; por otra parte, está el escenario público que es utilizado para mostrarse y ganar presencia. Las distintas expresiones de la acción colectiva han estado oscilando, entonces, entre la resistencia y la confrontación, dependiendo del momento y circunstancias, y entre lo privado y lo público, considerando los objetivos y tácticas de dichos movimientos sociales. Pueden ir, si así lo requieren, de la resistencia a la confrontación, o si se les arrincona, de la confrontación a la resistencia; pero también de lo privado a lo público o en sentido contrario. No obstante, dichos elementos se encuentran desde siglos atrás. Esas dinámicas psicosociales y esos elementos de persistencia, son los que se examinan en el presente trabajo, y se trata de argumentar desde esta disciplina la importancia de tales categorías para el análisis de los movimientos sociales.

Idea de movimiento social

Puede entenderse como movimiento social, lo prácticamente ya admitido por diversos estudiosos:

1. Un fenómeno de acción colectiva, relativamente permanente, que construye espacios propios y sentimientos excluyentes (éstos sí, los otros no).
2. Que elabora su proyecto en función de actores específicos y esos proyectos pueden o no comprender a toda la sociedad.
3. Tales proyectos tienden a quebrantar ciertas normas, interpelan y cuestionan el orden establecido, y aunque en ocasiones hacen

suyos elementos tradicionales, adoptan la forma de antigubernamental y en el caso más radical el de antiestatal.

4. En cuanto a sus demandas, se acercan más al ámbito de la vida cotidiana y en no pocas ocasiones tienen un proyecto social de país, de sociedad, por ejemplo lo utópico.
5. Sus formas organizativas suelen ser poco complejas, pero eso sí, con fuertes rasgos de solidaridad que cohesionan al propio movimiento más allá de sus éxitos o derrotas, lo que permite conformar una actitud diferente ante la realidad social.¹

Muchos de ellos aparecen o se presentan en situaciones de conflicto, que en ocasiones se manifiesta como “expresión de cambio de época” o de condiciones económicas, políticas, sociales y/o culturales, como recientemente se ha mostrado.² En última instancia, la dinámica de los movimientos sociales suele encontrarse en el eje de la integración-ruptura de las sociedades (Muro y Canto, 1991; Moscovici, 1981).³ Por eso se ha señalado que los movimientos sociales surgen cuando ciertos actores “concertan sus acciones en torno a aspiraciones comunes en secuencias mantenidas de interacción con sus oponentes o las autoridades”; y es que, ciertamente, “la acción colectiva es el principal recurso, y con frecuencia el único, del que dispone la mayoría de la gente para enfrentarse a adversarios mejor equipados” (Tarrow, 1994: 19-20).⁴

¹ El uso del término “movimiento social” se adjudica a los sociólogos estadounidenses en la década de los años cincuenta. Uno de los primeros investigadores en utilizarlo es el historiador Eric Hobsbawm en su obra *Rebeldes primitivos*, con el subtítulo *Estudios de formas arcaicas de movimiento social en los siglos XIX y XX*.

² Es el reconocimiento de una comunidad de intereses (intenciones y sentido), lo que traduce el movimiento potencial en una acción colectiva, de ahí que se diga que los líderes pueden ser cabezas de un movimiento cuando logra traducir los sentimientos y sensaciones más enraizados y profundos del grupo o masa, cuestión que Le Bon (1895) ha señalado perfectamente. Y esos sentimientos, en más de una ocasión, tienen que ver con cuestiones de identidad. Ello podría explicar por qué en otros tiempos los movimientos nacionalistas, étnicos o incluso religiosos, han sido tan expresivos.

³ En múltiples casos encontramos un paso de luchas a movimientos sociales, de éstos a movimientos políticos, aunque en este último caso las fronteras tienden a borrarse; asimismo, el paso de movimientos regionales a nacionales, lo cual es más claro (Muro y Canto, 1991).

⁴ Han surgido preguntas de por qué actúa de manera colectiva la gente, por qué lo hace cuando lo hace, y cuáles son los productos de su acción. Se ha dicho que en buena medida los movimientos dependen de su entorno exterior, por ejemplo de las oportunida-

Como podrá advertirse, una noción clave en esta concepción es la de “acción colectiva”,⁵ que puede entenderse como aquellas prácticas en las que se puede identificar, en mayor o menor medida, a un sujeto⁶ o actor social (Cadena, 1991) y que, por ejemplo, Gustav Le Bon (1895) delineaba ya desde fines del siglo XIX como masas con todo y sus irrupciones.⁷ De esta manera, una acción colectiva se traduce en movimiento social cuando los actores, sabiéndose distintos de otros, e independiente del Estado y sus partidos, se plantean luchar mediante una organización que se ha creado para ello, la mayoría de las veces buscan la satisfacción de ciertas demandas, que pueden ir desde el sencillo reconocimiento ante alguna instancia de poder político, la dotación de servicios o cambios limitados para lograr cierta influencia en

des políticas. La noción de oportunidades políticas acentúa los recursos exteriores al propio grupo o movimiento. “Los movimientos dan a las demandas sociales la forma de reivindicaciones más amplias en un proceso deliberado de ‘enmarcado’” (Tarrow, 1994:57). Se ha mencionado, también, que: “Las oportunidades políticas son a la vez explotadas y expandidas por los movimientos sociales, transformados en acción colectiva y mantenidos por medio de estructuras de movilización y marcos culturales” (p. 27), pero tales propuestas han sido cuestionadas en las reflexiones en torno a los movimientos sociales.

⁵ Marx y Engels señalaron las estructuras sociales como la raíz de la acción colectiva; Lenin y Gramsci advirtieron las oportunidades políticas, la organización y la cultura. En los primeros privaba la clase social; en los segundos las condiciones políticas. Lo organizativo era fundamental para Lenin, y propuso la conformación de una élite revolucionaria (el partido) en lugar del proletariado marxista. A la propuesta leninista del partido revolucionario, Gramsci le agregó la creación de un bloque histórico alrededor de la clase obrera y en el seno de ésta desarrollar cuadros “intelectuales orgánicos”, que complementarían a los intelectuales tradicionales del partido. En Gramsci el movimiento es un arma organizativa y un intelectual colectivo. Igualmente, habló de las necesidades del consenso. Las ideas que los clásicos desarrollaron, la transformación de la capacidad de movilización en acción mediante la organización por consenso y la estructura de oportunidades políticas, son fuente y columna de las visiones contemporáneas de los movimientos sociales (Tarrow, 1994). El partido de Lenin da cauce a estructuras de movilización más elásticas; el intelectual orgánico de Gramsci da paso a los marcos culturales y el oportunismo político táctico es reemplazado por la noción de las oportunidades políticas.

⁶ Los movimientos sociales pueden derivar en sujetos sociales y en actores sociales, aunque ésa es parte de otra discusión (Guerrero, 2004).

⁷ En un inicio, el movimiento social por antonomasia era el movimiento obrero, desde una visión marxista; pero con el siglo XX la categoría comenzó a incluir otras expresiones. Mao Tse Tung introdujo voluntariamente a los campesinos, y otras formas de conflicto empezaron a considerarse. En la actualidad, por ejemplo, se habla de los indígenas, dada la proliferación de movimientos étnicos en el continente americano a fines del siglo XX.

la adopción de decisiones de las autoridades, hasta propugnar complejos y nuevos modelos de sociedad. Tales movimientos sociales encuentran su interlocutor en el Estado y sus instituciones, en todos sus niveles.⁸ En tal caso, los conflictos se mueven en los límites de lo institucional y en su cuestionamiento o ruptura, y ponen en entredicho la capacidad del Estado y sus instituciones para resolver adecuada y pacíficamente sus demandas (Cadena, 1991).

Un movimiento social debe contener lazos de solidaridad más o menos permanentes, ya que si carece de ellos puede tratarse de una rebelión o de una algarada, que son más fugaces.⁹ Se edifican conjuntamente con oportunidades, repertorios, redes y marcos, éstos son los materiales con que se construyen dichos movimientos.¹⁰

Así, tenemos que: “Pese a que requieren cierto nivel de estructuración, los movimientos sociales son, más que instituciones, redes o áreas, es decir, redes de grupos o individuos que comparten un conflic-

⁸ Para Tarrow (1994), los movimientos sociales, sean de la índole que sean, incluso los revolucionarios, tienen como elemento subyacente la “acción colectiva contenciosa”; ésa es su base. Tal acción adquiere distintas formas, puede ser breve o extensa, institucionalizada o disruptiva, monótona o dramática. Una buena parte de los movimientos como grupos constituidos, señala, se mueven en el marco institucionalizado, aquellos que no tienen acceso a las instituciones se traducen en contenciosos: “las formas contenciosas de acción colectiva asociadas a los movimientos sociales son histórica y sociológicamente distintivas. Tienen poder porque desafían a sus oponentes, despiertan solidaridad y cobran significado en el seno de determinados grupos de población, situaciones y culturas políticas” (p. 20).

⁹ Un estallido como el de Los Ángeles en 1992, en Estados Unidos, por ejemplo, es producto de una sensación de injusticia que luego se amortiguó, pero que no configuró un movimiento social, sólo un estallido fugaz por una sensación compartida (perfectamente válida) pero que no llegó a otros niveles de movilización. Tampoco hay que equiparar a un movimiento con una organización, aunque en ocasiones se estructure alrededor de ésta. Así, el movimiento gay, por ilustrar, no es una organización. Los movimientos sociales tampoco son grupos y pueden carecer de coordinación obligada. De igual forma, las campañas aisladas no son movimientos sociales. Puede advertirse que antes de categorizarse como movimientos sociales, se habla de desórdenes, rebeliones, algaradas, entre otros, pero un episodio de confrontación se traduce en movimiento social cuando se mantiene la actividad colectiva frente a un interlocutor o adversario, y a ello contribuyen la identidad colectiva, los objetivos comunes y el desafío identificable (Tarrow, 1994).

¹⁰ Los movimientos sociales han servido como instrumentos para la articulación de demandas sociales de distinta índole. Por ejemplo, se encuentran los movimientos de mujeres, extranjeros, minorías étnicas, los verdes, entre otros, que implican la demanda de acceso de ciertos sectores a un nuevo orden social. Tienen como base la creación de redes y el manejo de lo simbólico, en cuanto más densas sean las primeras y más familiares los segundos, mayor posibilidad tendrán de perdurar y expandirse. Lo común ensancha.

to cultural y una identidad colectiva” (Nivón, 1998:59). Sí, porque los movimientos generan, asimismo, identificaciones, comunalidad de intereses, identidades. Y sobre la base de ella hay continuidad entre expresiones pretéritas y presentes. De hecho, los movimientos que a lo largo de la historia han dejado un mayor impacto lo han hecho en virtud de que “consiguieron mantener con éxito la acción colectiva” frente a adversarios con mayores recursos e instrumentos de poder (Tarrow, 1994:25).¹¹ Y éstos dejan herencia, estrategias, maneras de movilización, resguardo y/o formas de enfrentar adversidades. En efecto, hay grupos que tienen su propia memoria para instrumentarla en ciertas expresiones: los trabajadores tienen en su haber la huelga, los estudiantes las movilizaciones en las calles y el discurso incendiario, los campesinos la resistencia, etcétera. Stuart Hill y Donald Rothchild lo han sintetizado de esta manera: “Sobre la base de pasados periodos de conflicto con un grupo o grupos determinados o con el gobierno, los individuos construyen un prototipo de protesta o motín que describe lo que hay que hacer en circunstancias concretas, además de explicar la lógica de la acción en cuestión” (citado en Tarrow, 1994:51).¹² No obstante esta persistencia y continuidad en las expresiones, en los movimientos sociales hay una voluntad de cambio como característica esencial.¹³ Es uno de sus objetivos inmanentes.

Dicho lo anterior, puede señalarse un hilo conductor de acuerdo con el segmento o grupo en el que se participa. Así, los estudiantes, al menos desde finales del siglo XIX, gustan de tomar las calles y resistir los embates de las policías. Ilustrativa es la primera visita que Ricardo

¹¹ Tarrow (1994) señala que los movimientos sociales nacionales surgen en el siglo XVIII.

¹² Curiosamente, como parte de la expresión de un movimiento se encontraba la campaña electoral y la huelga, que después fueron absorbidas por las políticas institucionales en el siglo XX, modificando, asimismo, la naturaleza que éstas tenían en el siglo XIX. Lo cual bien podría indicar que otras formas que en pasadas décadas eran síntomas de los movimientos sociales, en las decenas próximas, podrían mostrarse como políticas institucionales (Tarrow, 1994). La izquierda sabe perfectamente de ello, debido a la institucionalización de sus prácticas.

¹³ La modernización, conjunto de procesos (que nos arroja a la modernidad): cambios de distinta índole, desarrollo de la ciencia y la tecnología, industrialización, alteraciones demográficas, desarrollo de sistemas de comunicación de masas, e incluso los movimientos sociales masivos de personas y pueblos. Luego entonces, los movimientos sociales son expresión central, clave de la modernidad, pues éstos tienden a poner la mira en la transformación, en el cambio de la sociedad, por caso, en el pensamiento que ésta emite: cambiar la manera de concebirse.

Flores Magón realizó a la cárcel al finalizar ese siglo por protestar por una reelección más de Porfirio Díaz: decenas de estudiantes resultaron detenidos y otros tantos golpeados en esa ocasión. Al paso de las siguientes décadas las acciones se repetirán: 1968, 1971, 1988 y 1999 son ilustrativas al respecto. Diferentes prácticas que los movimientos despliegan son herencia pasada, son memoria puesta en acción, son convenciones que, de existir, estarían en cualquier manual sobre cómo impulsar movimientos sociales.

Quizá por ello pueda entenderse que se da una copiosa mezcla de viejas prácticas con elementos novedosos: la combinación de distintas formas da la sensación de originalidad: desnudarse o derramar sangre es algo relativamente nuevo.¹⁴ Asimismo se van generando nuevos significados (Fernández Christlieb [1987] habla del “recurso del asombro” y de la “intención poética”). Los marcos de significado, en este caso, se mueven entre lo familiar y lo novedoso. De ahí que se argumente que dichos movimientos pueden expresarse como sistemas culturales. Para la psicología social, los movimientos sociales, las acciones colectivas, son menos respuestas a problemas específicos y más interpretaciones de la sociedad.¹⁵ Y es que en la base de las acciones colectivas se encuentran los valores, las creencias, los intereses que se entrecruzan.¹⁶ Los hay lúdicos y festivos, nada ortodoxos, pero otros son más bien sombríos, ortodoxos, nada heterodoxos. No obstante, las formas teatrales están imbricadas con expresiones espontáneas de los movimientos. Quizá por eso es que George Elliot expresó: “no hay acción posible sin un poco de actuación”.¹⁷ Por su parte, Peter Burke

¹⁴ Las distintas expresiones que se desplegaron durante la década de los sesenta reanimaron a los movimientos sociales y su tematización se hizo impostergable.

¹⁵ Ha habido intentos de explicación: las visiones estructurales que ponen la mirada en el control de recursos y la lucha por la distribución de los mismos; la psicológica, que acentúa las relaciones frustración-agresión; o las interaccionistas, que señalan como factor central el intercambio social (Nivón, 1998).

¹⁶ Difícilmente hoy en día podrá concebirse a los movimientos sociales exclusivamente derivados de las contradicciones económicas en la sociedad; pueden advertirse, mejor aún, como producto del campo cultural (Nivón, 1998).

¹⁷ Puede hablarse del sentido o significado de un movimiento social, *i.e.* su forma simbólica, considerando su actuación y los efectos que intentan generar y que resultan comprensibles para los participantes y otros bloques de la sociedad. Efectivamente, en términos culturales, los sistemas simbólicos que usan los grupos transforman sensaciones físicas en sentimientos y actitudes reconocibles en quienes las dirigen y en quienes las reciben, de ahí que se reaccione de una manera lógica ante ciertos eventos (Nivón, 1998).

(1992) señala que la sociedad puede ser concebida como “formada por grupos en conflicto”. Es decir, como movimientos sociales.

El espacio social: sitio de los movimientos sociales

Por espacio social puede entenderse “el significado que adquieren un conjunto de dimensiones en las que se vive”; y a la inversa: “dimensiones que condicionan en función de sus características, la forma de vivir que se produce en su interior” (Torrijos, 1988:19-20). Por lo tanto, el espacio es menos natural y más social y transformado, y en ese mismo sentido, el tipo de lugar en el que la persona se mueva delineará la manera de actuar, así, los participantes de movimientos sociales que se encuentran en lo oculto actuarán con sigilo, con cautela, con precaución para no delatarse, para no mostrarse en un sitio que no es el propicio. Por eso se asevera que al espacio como territorio y orientación le corresponde una expresión simbólica, donde entra el lenguaje y las relaciones que en él se establecen (Fernández Christlieb, 1991). De esa forma, puede hablarse de “entorno significativo”, donde “los sucesos cobran importancia de forma relativa al grado en que nos afecten, a que nos sean más o menos cercanos” (Torrijos, 1988:23).¹⁸

En todo momento los grupos o colectividades han hecho uso de ciertos espacios y a ellos se han consagrado, sea mediante ritos reiterativos y permanentes durante largos periodos o como pequeños escenarios donde han representado sus mitos y hasta han comulgado de manera simbólica: ése es el valor que al paso del tiempo conservarán según los grupos o sociedades que en ellos se sienten representados o dignos de ser tomados en consideración. Ejemplo de esto puede advertirse en el emplazamiento simbólico denominado “Tierra Santa” o las esquinas que grupos de jóvenes habitan durante ciertos periodos (Fernández Christlieb, 1994). Y es que las colectividades que poseen

¹⁸ El espacio es social en la medida que la práctica social lo va delineando, borrando incluso la frontera del espacio “natural”, además de que está habitado por símbolos y significados, por intercambios sociales, por interacciones, de ahí que pueda señalarse que los espacios hablan, por virtud de quien los habita, por eso se guardan acontecimientos en sus edificaciones, por eso durante muchos siglos el espacio se concibió como templo de la memoria, y lo era porque se sabía que hablaba o “invitaba a hablar” (Mendoza, 2004).

una memoria cultural transforman el espacio de un modo profundo y duradero (Torrijos, 1988); cuestión que sabía perfectamente Halbwachs (1950:132) al enunciar:

Cuando un grupo se inserta en una parte del espacio, la transforma a su imagen, pero al mismo tiempo se pliega y se adapta a las cosas materiales que se le resisten. El grupo se encierra dentro del marco que ha construido. La imagen del entorno y las relaciones estables que se entablan con él pasan al primer plano en la idea que el grupo se hace de sí mismo. Esta idea penetra todos los elementos de su conciencia, y detiene y reglamenta su evolución. La imagen de las cosas participa de la inercia de ellas...

y que los denominados movimientos sociales clásicos manejan con toda cotidianidad: por ejemplo, cuando toman las calles, saben por dónde empezar y dónde terminar, siempre en el centro político: el zócalo de la ciudad o del país.¹⁹

Frente a los movimientos: el poder político

Foucault concebía el poder de la siguiente manera: no es sustantivo, es adjetivo, “no es una institución, una estructura o una cierta fuerza con la que cuentan algunos individuos; no, el poder es más bien el nombre que se le da a una compleja relación estratégica en una determinada sociedad” (citado en Campbell, 1994:51). Es decir, el poder es una relación, se da en un *espacio relacional*, de ahí que lo que importa del poder sean sus relaciones. Y así, por caso, el poder enmarcado en las clases sociales tiene que ver con la capacidad de una clase para imponer sus intereses. La *Enciclopedia* francesa de 1765 señala: “El fundamento del poder es el consentimiento de los hombres reunidos en sociedad” (citado en Campbell, 1994). Ello, posiblemente, porque en un inicio se delegó el poder a alguien en particular, a quien se

¹⁹ La ciudad, como la concibe Calvino (1972:16), está hecha de relaciones, de acontecimientos de su pasado y significados. Así piensa el espacio-ciudad: “Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos”.

nombró “jefe”. Que es la idea de Hannah Arendt, cuando indica que el poder surge entre los hombres cuando éstos actúan juntos y desaparece en el momento en que se dispersan.

En el origen del poder hay una forma de contención, contención del desacuerdo, de la desviación, de la disidencia, del extravío como escisión y ruptura, que se contiene, en no pocas ocasiones, con violencia. No obstante, violencia legítima, como señaló Weber (Bobbio, 1984). Fuerza legítima. Quizá por eso es que, otra vez, Hannah Arendt advierte que “la violencia aparece como prerrequisito del poder, del poder como simple fachada: el guante de terciopelo que oculta la mano de hierro” (citado en Campbell, 1994:27). Menos sutil y más aguerrido, Maquiavelo asocia la política con la guerra, en consecuencia, la lógica política es la lógica militar: la guerra es, así, la continuación de la política por otros medios.

Sin embargo, el poder no es sólo represivo, lo que hace que al poder

se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho va más allá, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir (Foucault, 1992:193).

En efecto, el poder tiene un discurso, y es el discurso de la prohibición. De lo que sí se acepta y de lo que se rechaza.

Ahora bien, el poder es la materia o “la sustancia fundamental del universo de entes que llamamos ‘política’” (Bovero, 1984).²⁰ Siendo la política una categoría que incluye a los centros de poder y sus relaciones, especialmente las de fuerza que, no obstante, están también moldeadas por episodios de resistencia, de rendimiento, de rebelión y, asimismo, de sumisión; de ahí que la idea de política se encuentre dibujada con la idea del conflicto (*idem*).²¹ Weber afirmaba que un

²⁰ “En un sentido muy laxo (no estricto, no sistematizado), las nociones de fuerza, hegemonía, política, voluntad, poder, dominio, autoridad, impulso, capacidad, violencia, propaganda, virtud, vigor, potencia, se empalman desde el punto de vista de su significado” (Campbell, 1994:21).

²¹ Por ejemplo, “el poder político, que detenta los medios de coacción física, es diferenciado del poder económico, basado sobre la posesión de bienes o riquezas, y del poder ideológico, basado sobre el control de los medios de persuasión” (Bovero, 1984:45),

grupo de poder debía ser llamado “grupo político en la medida en que su subsistencia y la validez de sus ordenamientos dentro de un determinado territorio con límites geográficos determinados vengan garantizadas continuamente mediante la utilización y la amenaza de una coerción física” (citado en Bobbio, 1984:25-26).

Ciertamente, el poder político es “coactivo por excelencia” (Bovero, 1984:46). Y está definido por ser un poder que se ejerce, no sobre entidades abstractas, sino sobre personas libres. La coacción se piensa como legítima, es decir, un poder coactivo para ser considerado poder político “debe ser de un lado exclusivo, en el sentido de que debe impedir (criminalizar o penalizar) el recurso a la fuerza por parte de los sujetos no autorizados; de otro lado debe ser legítimo, o considerado tal, en el sentido de que debe ser reconocido como válido bajo algún título, y por tanto aceptado por los subordinados” (Bovero, 1984:46). El poder político, como bien lo señala Foucault (1992), recurrirá una gran cantidad de veces a la presión y la represión, a la exclusión y la violencia para mantenerse. Importan menos los medios y más los fines: proteger y conservar el poder. Los poderosos se sienten autorizados para ello. Con sus recursos instrumentales buscan el control de lo que miran y perciben, y más allá. Por ejemplo, los servicios secretos del poder, mediante la infiltración y la adquisición de información, tienen como finalidad controlar y contener (Lacoste y Thual, 2001). Dominar. La dominación, concebida como “la capacidad de imponer a otros determinada conducta, es una relación que se perpetúa a sí misma mientras los dominados permanecen incapaces de alterar por cualquier medio posible su condición de subordinación. En las sociedades capitalistas, la distribución desigual del excedente económico constituye la forma central de dominación” (Brachet-Márquez, 1996:15). Y el poder atravesando todas estas relaciones. Intentando, por diversos medios, desde la persuasión y la prohibición hasta la coerción y la violencia, contener la manifestación de los distintos movimientos sociales, lo mismo en lo oculto y recóndito que en lo abierto y notorio. El sitio no importa, lo que importa es controlar, evitar las disrupciones.

aunque con éstos mantiene estrecha relación. De ahí que se diga que el poder se impone a los demás mediante artilugios como la propaganda y la prefabricación (Campbell, 1994).

El espacio privado y la resistencia

El espacio privado en el desarrollo de las sociedades ha sido sitio de relegamiento, emplazamiento donde se asume que lo socialmente importante no llega. Los griegos tienen que ver mucho en ello dada la importancia que depositaban en lo público y el grado ínfimo a lo privado. No es gratuito, entonces, que lo que se quiere suprimir u ocultar se mantenga en esos sitios, son como las bodegas donde se guarda todo lo inservible, pero que en algún momento algo de ahí saldrá. Lo privado ha sido visto como algo restringido, como lo subjetivo, lo personal, opuesto a lo público, a lo abierto, a lo intersubjetivo y colectivo; y el pensamiento de los siglos XIX y XX es en buena medida responsable de ello. Lugar que lo mismo puede ser la recámara que el cofre donde se guardan las cartas de amor. Lo privado se mira como lo inaccesible, lo que importa a pocos o de plano sin importancia, pero también con lo que poco o nada tiene que ver con la *polis* con lo que incumbe a la sociedad. Ahí, por ejemplo, se ha arrinconado a lo clandestino, cuya raíz es “interno”, “encubierto” (Gómez de Silva, 1985), como ocurre con ciertos grupos o movimientos sociales que no desean ser vistos, que no quieren que se percaten de su presencia, que no pretenden mostrarse porque ponen en riesgo sus planes: casos concretos son, en un extremo, los movimientos armados, como el zapatismo (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) o el eperismo (Ejército Popular Revolucionario), que estuvieron en la clandestinidad durante años. Pero acontece lo mismo con otras expresiones menos fuertes, como las reuniones de las corrientes de un movimiento, como el estudiantil, para definir la estrategia a seguir o las sociedades que guardan secretos que consideran valiosos (González, 2004). Ambos, en algún momento, actúan en la clandestinidad.

El espacio privado en el que se desplazan tanto movimientos sociales armados como estudiantiles o campesinos, o sociedades secretas, cuando se trata de resistir, tiene una serie de características. Son lugares que permiten estar lejos de las miradas del poder o de los grupos que podrían atentar contra una organización o una serie de acciones; de saberse, se vendrían abajo, por tanto, hay que alejarse de la estimación de los adversarios: “Los espacios sociales del discurso oculto son aquellos lugares donde ya no es necesario callarse las réplicas, reprimir la cólera, morderse la lengua y donde, fuera de las relaciones de domi-

nación, se puede hablar con vehemencia, con todas las palabras” (Scott, 1990:149), y actuar con cierto sigilo, para replegarse y reorganizarse, para pensar libremente, para acordar las acciones próximas o simplemente para elaborar propaganda que puede estar bajo la censura. Ahora bien, es necesario señalar que no existen relaciones de poder sin resistencias, y las resistencias son “más reales y más eficaces cuando se forman allí mismo donde se ejercen las relaciones de poder”, de hecho, la resistencia “existe porque está allí donde el poder está” (Foucault, 1992: 181). Parece que ése es un mérito, quizá por ello, ciertas resistencias al paso del tiempo se conmemoran debido a que precisamente “resistieron” y se convirtieron posteriormente en asuntos abiertos, de interés, ya con presencia en el espacio público, ante un poder político que intentaba borrarlos, no sólo negarlos, sino silenciarlos y, como se muestra en el presente, ello no se logró (Green, 2000).

Los actores que se mueven en lo oculto, en los sitios privados, pueden expresar su discurso libremente si se presentan dos condiciones: 1) que se exprese en un espacio social donde no lleguen las miradas y actuaciones del poder, por ejemplo la vigilancia y la censura, y 2) que ese espacio esté habitado por gente cercana, cómplices o gente que comparte ciertos puntos de vista. La condición primera posibilita que estos actores hablen con libertad, seguridad y tranquilidad, y la segunda que tengan en común con los otros participantes algo que conversar o *tematizar*; y en consecuencia actuar. Como se ha dicho sobre los lugares: “todo espacio es instrumentalizado en torno a una serie de rituales, sagrados o profanos, de larga duración o efímeros, cuya última finalidad es la cohesión grupal, a nivel de estructura ideológica, de la comunidad que lo consume” (Torrijos, 1988:18), porque exactamente así sucede con esos sitios ocultos que albergan a los que quieren estar distantes de los tentáculos del poder: se convierten en un medio y en un espacio para habitar, vivir y significar, y es que “el discurso oculto es específico de un espacio social determinado y de un conjunto particular de actores” (Scott, 1990:38). Ello es así, en buena medida, porque si las estructuras de dominación son duras, autoritarias, represivas, las expresiones de descontento, de inconformidad se irán cerrando al tener que protegerse, pues en ocasiones está la vida de por medio, asunto que sabían bien varios movimientos de izquierda en los años sesenta y setenta en México, y que por ello actuaban “debajo del agua”, para sobrevivir. Por lo tanto, las estrategias de resistencia se

recluirán en lo privado. Y aquí la resistencia, como lo indica su raíz, es “oponerse activamente”, “mantenerse firme” (Gómez de Silva, 1985), porque aun en lo oculto hay actividad, y en ocasiones más que en la vida pública, sólo que tal actividad no se mira desde fuera, sino desde dentro.

De ahí que se hable de una actuación “fuera de escena”, porque no es abierta ni a todos se invita: si en otros tiempos fueron las tabernas, en el siglo XIX y XX fueron la imprenta clandestina, la casa de seguridad, el correo y los mensajes cifrados, las reuniones nocturnas, la presencia fugaz en cafés (espacio semiprivado), las montañas por muy amplias que éstas sean, pero lejos de la mirada autoritaria, los parajes, las cuevas, entre otros. Sitios más bien ortodoxos y menos heterodoxos, pero necesarios y en ocasiones vitales para sus actores. En estos espacios puede hablarse de “públicos restringidos”, “sociedades restringidas” o “limitadas”.²² Estos movimientos sociales, también categorizados como “grupos ocultos”, que se ven en la necesidad de replegarse para después actuar en la esfera pública, no sólo generan discursos ocultos, sino también prácticas. Cabe acotar que en la actualidad los movimientos sociales más ocultos son los guerrilleros.

Puede advertirse que mientras algunos grupos civiles o de poder se expresan de manera abierta, pública, porque creen o saben que ahí corresponden sus manifestaciones y discursos, “el lugar ideal del discurso oculto son las reuniones secretas” o aisladas “que nadie autorizó y que nadie vigila” (Scott, 1990:150).²³ Por ejemplo, en siglos pasados fueron las tabernas o cantinas. Al respecto, Peter Burke (1978) ha señalado la importancia de las tabernas como centro de desarrollo de la cultura popular en la Inglaterra de 1500 a 1800.²⁴ En esos tiempos,

²² Grupos ocultos o sociedades secretas los denominan algunos (González, 2004).

²³ Lejos del centro de la estrecha vigilancia se encuentran distintos sitios que albergan discursos y expresiones ocultas, y su elaboración depende no sólo del uso de esos espacios físicos, sino también de los actores que los crean y diseminan. “Los transmisores son, en general, tan socialmente marginales como los lugares donde se congregan” (Scott, 1990:153), pero en ocasiones llegan a tomar mucha notoriedad. (Aunque también se sabe de otros comunicadores de causas sociales o de disidencias que pertenecen a sectores medios o favorecidos—como la dirigencia del movimiento estudiantil de 1968—o que tienden a ser los puentes entre distintos sectores sociales—piénsese en los indígenas del EZLN que han tomado como vocero al *subcomandante Marcos* para expresarse ante la sociedad mexicana y otros espacios globales— v. gr. EZLN, 1994.)

²⁴ Peter Burke (1978:168) dirá: “Más importantes eran, tanto en la ciudad como en el campo, la posada, la taberna y la cervecería [...] los hosteleros y sus parroquianos hacían

la taberna era lo más cercano a una asamblea local de insubordinados. Y si se le cree a Bajtún (1987), en la Europa medieval el mercado era el sitio del pensamiento antihegemónico, el lugar del discurso de la disidencia y el carnaval su expresión más viva. El mercado posibilitaba el anonimato para la expresión, la conversación se manifestaba sin jerarquías de por medio, la atmósfera suspendía los privilegios de algunos. En México ocurrieron cosas similares: a fines del siglo XVIII²⁵ un bachiller era visitante del Café de Manrique en el centro de la actual ciudad de México, joven que a la postre llevaría el estandarte de la Virgen de Guadalupe en las conjuras independentistas: Miguel Hidalgo y Costilla. En el libro *Los bajos fondos: el antro, la bohemia y el café*, Sergio González Rodríguez (1990:115) escribe: “las heterodoxias independentistas cobraron fuerza por la militancia de una minoría ilustrada que circuló de los salones al café y de ahí a la letra impresa”.²⁶ Cuestión de preguntarle a Fidel Castro, que durante su estancia en México no dejó de visitar el Salón Colonia y de paso saludar a “Acerina” el de la danzonera (Jiménez, 1998). Vemos pues, que ayudan a los de abajo las tabernas, el carnaval, la noche; y es que una subcultura en la disidencia no hace sino aprovechar los eslabones débiles en una cadena de socialización impuesta y que desean deshacer. Será quizá porque la noche, lo oscuro y lo clandestino, por su atmósfera, convocan al desafío.

Efectivamente, en ciertos casos no queda más recurso que recurrir a lo oculto y encubierto. Durante los siglos XIX y XX, la táctica del

circular rumores y chismes en los que se criticaba a las autoridades y, durante la Reforma, discutían acerca de los Sacramentos o de las innovaciones religiosas. *Robin el Bueno, sus locas travesuras y sus gestas felices*, está pinado en una hostería de Kent [Inglaterra] en la que se presenta al hostelero contando la historia al público. En las hosterías incluso podían encontrarse clérigos hablando de religión, aunque en una habitación privada para evitar interrupciones”.

²⁵ El XVIII es el siglo del utilitarismo político. Aunque también es el siglo de las “rebeldías y utopías” (Touchard, 1961:327), no sólo en Europa, pues América Latina vivió sus propias utopías durante esa centuria y a inicios de la siguiente.

²⁶ “El surgimiento del café y de los clubes en el siglo XVIII creó un espacio social similar para la creciente clase media y de esa manera estimuló el desarrollo de una cultura específica de clase media, dejando la cervecería para uso exclusivo de las clases trabajadoras. Cada lugar, gracias a la posición social de sus clientes, generó una cultura y un tipo de discurso particulares” (Scott, 1990:151). Pero el café es considerado como un espacio semiprivado o semipúblico, según se vea con respecto a qué, si con referencia a la plaza pública o a la casa, respectivamente (Fernández Christlieb, 1991).

repliegue a las montañas y lugares fuera de los miramientos del poder se convirtió prácticamente en un “componente tradicional” en las luchas de resistencia, por ilustrar, las chinas (Hobsbawn, 1994). Ello, en buena medida, debido a que el poder político estaba habituado a controlar íntegramente el territorio que gobernaba, por remoto que éste fuera. De ahí que varios movimientos se replegaran a las regiones fronterizas y poco habitadas, donde difícilmente llegaban los tentáculos del poder. Y si lo clandestino y lo oscuro convocan a la resistencia, permiten también armar ciertas narrativas, heroicidades y naciones. A manera de ejemplo, durante el siglo XX “la historia de los movimientos europeos de resistencia es en gran medida mitológica, pues (salvo, en cierta medida Alemania) la legitimidad de los regímenes y gobiernos de posguerra se cimentó fundamentalmente en su participación en la resistencia” (Hobsbawn, 1994:169).²⁷

No obstante permanecer por cierto tiempo en estos espacios cerrados, los grupos disidentes crean una subcultura, que los hace distintos de las élites, y alrededor de la cual se unifican al tiempo que desarrollan sus propios códigos, héroes, mitos, leyendas, normas sociales. “El espacio social en el cual elaboran su discurso oculto es uniforme, cohesivo y unificado debido a las poderosas obligaciones mutuas que mantienen a cualquier discurso rival a una distancia segura” (Scott, 1990: 166).²⁸

No hay un atrevimiento a rechazar ciertas reglas e imposiciones de manera abierta, por los costos que acarrea, pero se crearán a escondidas, en lo oculto, ciertas formas de expresión del descontento, en el entendido de que en espacios semicerrados o cerrados puede hablarse de una disidencia, no marginal, sino en el margen de las relaciones de

²⁷ Sobre los movimientos de resistencia europeos durante el siglo XX, por razones antibélicas, durante las primeras décadas, y después por sobrevivencia y en franca lucha contra el fascismo, cobran el carácter ideológico de izquierda (Hobsbawn, 1994:170).

²⁸ Peter Stallybrass y Allon White señalaban: “Los tipos de discurso están regulados por las formas de reunión corporativa en las cuales se producen. La cervecería, el café, la iglesia, el juzgado, la biblioteca, la sala de una casa de campo: cada lugar de reunión es un espacio diferente de intercambio que exige modales y conductas morales diferentes. El espacio discursivo nunca es completamente independiente del lugar social y el surgimiento de nuevos modos de hablar se puede percibir a través de la aparición de nuevos lugares públicos de discurso y de la transformación de los viejos [...] Y, de esa manera, la historia de las luchas políticas ha sido, en gran medida, la historia de los intentos por dominar los espacios importantes de reunión y de discurso” (en Scott, 1990:151-152).

poder: el espacio social de expresión tiende a encogerse o, en su defecto, se despliega de manera encubierta: disfraces lingüísticos o con otros códigos y rituales. En George Orwell se alcanza a vislumbrar que “el proceso de dominación produce una conducta pública hegemónica y un discurso tras bambalinas, que consiste en lo que no se le puede decir directamente al poder” (Scott, 1990:21).²⁹ Y en efecto, hay grupos que en apariencia refuerzan el estatus, la estabilidad o las formas del aparato dominante, mientras que otros han recurrido al engaño, al disfraz, ciertos comportamientos evasivos, al tiempo que frente al poder o de manera abierta se es complaciente (cuestión de recordar que cuando el entonces presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, fue a inaugurar un hospital en Guadalupe Tepeyac, Chiapas, un integrante de la ya comandancia general del EZLN asistió y tomó la palabra en el acto, agradeciendo la obra que se entregaba (al respecto se ha señalado que fue el *Comandante Tacho* quien asistió como orador al evento, un año antes del levantamiento armado); de ahí que se afirme que “cuanto más grande sea la desigualdad de poder entre los dominantes y los dominados y cuanto más arbitrariamente se ejerza el poder, [la práctica y] el discurso público de los dominados adquirirá una forma más estereotipada y ritualista”, y tenderá a ocultarse; esto es, “cuanto más amenazante sea el poder, más gruesa será la máscara” y más tendiente a la resistencia la actuación (Scott, 1990:26, corchete agregado). Por lo

²⁹ Tanto el discurso como las acciones a los que recurren los movimientos sociales los ponen en juego lejos de los grupos de poder y los circunscriben a unos cuantos, y es parte del discurso privado u oculto, es un discurso y actuación “fuera de escena”. Está constituido por manifestaciones lingüísticas, gestuales, prácticas, escritos, que en ocasiones confirman o contradicen o tergiversan lo que se presenta en el discurso o práctica abierta o pública. También se encuentran para el análisis otras expresiones: el chisme, los rumores, los cuentos populares (como los que recupera Robert Darnton en *La gran matanza de gatos y otros episodios de la cultura francesa*, retomando las versiones orales de los cuentos populares), las canciones (por ejemplo los corridos o las tonadas de León Chávez Teixeira en México), los gestos (el multicitado *subcomandante Marcos* es ilustrativo al respecto), los chistes (sobre todo aquellos que hablan de la clase política; como forma de saldar cuentas, siendo lo expuesto en el libro de Samuel Schmidt, *Humor en serio*, una muestra de ello), como vehículos que permiten expresar las críticas a los grupos dominantes (los alumnos lo hacen con los profesores), al tiempo que se protegen en el anonimato, porque el chiste, el rumor, etcétera, no le pertenecen a nadie y nadie es su autor, pertenecen a todos y a nadie. La flojera en la productividad es otro mecanismo, si no organizado sí una forma de inconformidad, algo que James Scott (1990) denominó “infrapolítica de los desvalidos”.

que aquí se vale recordar un dicho que tenían los esclavos jamaíquinos: “hazte el tonto para ganar como inteligente”.³⁰

Puede advertirse que en diversos tiempos, como una recurrencia, las clases subalternas, como los esclavos, los siervos, los proletarios, los peones agrícolas, campesinos, jóvenes en disidencia, entre otros, han recurrido a la resistencia. Y en ella se encuentran desde robos diversos, fingir ignorancia, sabotaje, incendio, fuga, asociaciones, reuniones diversas y el tortuguismo.³¹ Puede, en consecuencia, hablarse de un “cultura de la resistencia” ante los intentos de domino del poder político (Burke, 1992:105). “La estrategia adoptada es defensiva, apropiada para una posición de subordinación –la subversión antes que el enfrentamiento, tácticas de guerrilla antes que guerra abierta–, pero es resistencia de todos modos”.

Por otro lado, el poder conecedor de la subversión de las reuniones que se efectúan por fuera de su vigilancia, y deseoso de acabar con las expresiones disidentes, intenta eliminar tanto espacios como discursos y participantes de las reuniones ocultas, privadas. Lo cual se muestra en la necesidad de tener, al menos, información de lo que ahí ocurre. Por eso recurre al espionaje o la infiltración, cuando no tiende a la eliminación física, por ejemplo el asalto a las casas de seguridad o el asesinato de los participantes de un movimiento (Lacoste y Thual, 2001). En otros momentos y espacios las autoridades detenían e interrogaban a las personas que tematizaban cuestiones delicadas o problemáticas para el control, lo mismo en hosterías y en mercados que en sitios de regocijo (Castañeda, 1980; Hiraes, 1996), o distorsionaban sus expresiones, intentando con ello restarle autonomía al discurso disidente. Pero entonces la resistencia se refuerza o la estrategia obliga a la actuación en el espacio público: en el siglo XX, las miradas del poder se centran, sobre todo, en los centros urbanos con poblaciones amplias. Ahí no pueden actuar los movimientos sociales con la libertad que desean (Hobsbawn, 1994).

³⁰ En las narraciones de esclavos del sur de Estados Unidos se encuentran constantes menciones sobre la necesidad de engañar al poderoso (Scott, 1990).

³¹ El tortuguismo es concebido como acciones de gran lentitud. El poeta Gyula Illyés narra cómo observaba a su tío, durante las jornadas de trabajo, emprendiendo esta resistencia: llenaba su pipa “con el ritmo deliberado de una tortuga”; “manejaba los fósforos como si el palito que tenía en la mano fuera el último medio de hacer fuego existente y el destino de toda la humanidad dependiera de él” (citado en Burke, 1992:105).

En consecuencia, por prudencia táctica, pocas veces los grupos cerrados sacan a la luz pública su discurso oculto, pues en ocasiones es contraproducente; en cambio, aprovechan, por ejemplo, multitudes que por su anonimato poco o nada repararán en esos incursionadores del espacio anónimo; son fugaces en sus apariciones e intentan no llamar mucho la atención sobre ellos mismos. En contraparte, existe una necesidad imperante de que los participantes de un discurso y prácticas ocultas se familiaricen con esos lenguajes y acciones, para entenderlos, difundirlos y comunicarlos: la contrariedad es que tienden al engrandecimiento y la intensificación. Las prácticas de los anarquistas a principios del siglo XX en México dan cuenta de esta forma de actuar en lo clandestino.³² No obstante que el discurso oculto se pueda presentar a algunos cuantos o provenga de un grupo en particular, en ocasiones hablan en nombre de otros más, por caso un puñado de encapuchados en el sur del país pueden perfectamente hablar en nombre de miles de indígenas de una nación; o un grupo de homosexuales puede hablar en nombre de los excluidos, eso lo ha argumentado perfectamente Moscovici (1981) en el caso de las minorías activas.³³ Ésa puede ser una declaración o reivindicación pública de “sentires” compartidos pero que están aún ocultos o no manifiestos, de ahí que le denomine “ignorancia pluralista”.³⁴ Y muchas veces la primera manifestación pública de un sentir oculto se mira como un acto heroico o valeroso que es llamativo y vuelca adhesiones, como ocurrió con el llamado zapatista del 1 de enero de 1994 o las reivindicaciones de los estudiantes en

³² Diversos grupos de campesinos, en otros momentos, como forma de rebeldía, recurrían a prácticas de rechazo que no ponían en riesgo su seguridad, por ejemplo los atentados anónimos a la propiedad, la difamación, la esquividad.

³³ Las minorías activas descritas por Moscovici (1981) tienen como punto nodal la creación de conflicto, emitiendo un punto de vista, un juicio, distinto al predominante en un grupo o sociedad, y de esta manera cuestionan el orden imperante. Los actores tienen, así, que discutir y decidir cuál de los dos puntos de vista es el más idóneo en una determinada situación. Además, generan innovación, creando nuevas formas de expresión. Las minorías lo son menos en función de su número y más por su relación con el poder, carecen instrumentalmente de éste para imponer su punto de vista, por lo que recurren a otras estrategias, como un comportamiento consistente y disruptivo.

³⁴ Y, contrariamente a la lógica del poder, “en los países favorables a la guerrilla casi cualquier grupo de proscritos cuyo comportamiento fuera considerado adecuado, según los criterios locales, podía gozar de una amplia simpatía en su lucha contra los soldados extranjeros invasores, o también contra los representantes del gobierno nacional” (Hobsbawm, 1994:88). Como ocurrió en China a mediados del siglo XX.

1968. Pero también generan sorpresas. Y es que, en efecto, por mucho que los grupos se desplacen en espacios restringidos, cerrados, ocultos, privados, se mueven muchas veces por intereses públicos. Al menos los movimientos de oposición o izquierda así lo muestran a lo largo de la historia.

El espacio público y la confrontación

El espacio público que parece haberse fundado con la plaza griega, mantenido con el foro romano y seguido con los cafés y la toma de las calles (Fernández Christlieb, 1994), es el sitio por antonomasia donde hay que discutir las cosas que incumben a las colectividades o las sociedades. Lo que tiene que ver con la *polis* ahí se encuentra: la ciudad y las decisiones mundanas y las crisis económicas ahí se conversan; todos pueden participar, con el único requisito de saber tematizar esos asuntos. Sin expertos, pero con mucha pasión, como si de verdaderos se tratara (Tarde, 1901). En el espacio público se encuentra lo abierto, lo intersubjetivo, la realidad cotidiana y política, lo que no hay que ocultar, lo que debe conocerse, lo que tiene importancia para los más. Es el otro punto del espacio, la cara opuesta del espacio privado. En él está lo externo, lo que gana presencia, lo que tiene ganas de enunciarse, lo que hay que exhibir: es lo contrario de lo oscuro y oculto, es lo que tiene luz y se muestra. Eso lo saben ciertos movimientos sociales, y por eso intentan pararse y tomar esos lugares: mostrarse ante los demás y, por supuesto, ante el adversario, por caso, el poder. A pesar de que esos sitios públicos tienen rincones marginales, también tienen emplazamientos nodales, como son sus centros, puntos de confluencia de miradas y simbolismos.

Cosa que, por lo demás, también tiene clara el poder, por eso durante siglos los sitios cristianos, las catedrales, los lugares de la administración y los palacios de los gobernantes fueron levantados en el centro de las ciudades. Italo Calvino (1972:27) ha dicho: “La ciudad es redundante: se repite para que algo llegue a fijarse en la mente”. Eso puede explicar, en cierta medida, por qué en ciudades como las nuestras, es necesario para los movimientos sociales tomar el centro político: ese lugar público simbólico.

Si antes los espacios públicos generaban sus actores, piénsese en los cafés engendrando a los públicos, ahora los actores saben que hay que tomar, literalmente, los espacios abiertos, apoderarse de ellos. Conscientes de esa cuestión los movimientos sociales salen a las calles, a manera de ritual, en fechas conmemorativas para reivindicar ciertos eventos o para manifestar sus propósitos, porque de mantenerse únicamente en lo privado, en lo oculto, corren el riesgo de quedar en el anonimato y quedar en el anonimato es, en la práctica, no existir socialmente, baste recordar que el “68” existe hasta que se manifiesta y toma las calles, a pesar de sus antecedentes, y el zapatismo hasta que genera un cisma el 1 de enero cobra existencia social. Estos últimos fueron claros cuando expresaron que de haber realizado tan sólo una acción en las montañas y no tomar una ciudad importante como San Cristóbal de Las Casas quedarían aislados, negados: sólo apoderándose de lugares abiertos importantes se gana notoriedad.

En el espacio público los movimientos echan mano del desafío para atraer la atención de otras miradas y convocar a los propios, aunque el paso de lo privado a lo público tiene sus implicaciones: mostrarse ante los demás y tronar en discursos acarrea costos, uno de ellos es la ideologización, la descalificación del discurso y las acciones (Fernández Christlieb, 1987): los estudiantes tomando las calles, para el poder, son *revoltosos, fósiles*; las mujeres manifestándose son *lesbianas, insatisfechas*; quienes exigen la legalización de la marihuana son *viciosos, holgazanes*; en fin, la psicologización y denegación de la que habla la psicología social (Moscovici, 1981) hace acto de presencia. El poder desprestigiando a los movimientos sociales.

Bobbio se interroga sobre cuál es el fin del Príncipe, y responde que mantener el poder: “El juicio sobre la bondad o la maldad de un príncipe no parte de los medios que utiliza sino solamente el resultado” (citado en Campbell, 1994:38). De los siglos XVI y XVII se puede decir esto. Y en ese sentido el desprestigio de los adversarios es perfectamente válido. En Europa, a fines del siglo XVIII hay violentos movimientos de protesta popular. A algunos de los dirigentes de estos movimientos se les etiqueta como “rabiosos”. Y se habla, por ejemplo, de un “cura rojo” (Touchard, 1961:363).³⁵ En este tenor de la infamia, los

³⁵ Asimismo, en Francia, por citar, se habla de una oposición “proletaria” al gobierno “burgués” de Robespierre. Los “rabiosos” demandan muerte a los acaparadores, mono-

siglos XVIII y XIX cuentan con un elemento adicional: la prensa, que permite tal tarea. El siglo XX los nombrará como medios de comunicación y en muchos casos tenderán, en la lógica del poder, a menguar y denigrar a los adversarios.

Ello, porque cuando los movimientos sociales exponen de manera abierta determinadas posturas, y toman ciertos sitios públicos proponiendo o demandando ciertas cosas, están cuestionando el orden, el discurso dominante, el *status quo*. Una de las maneras más claras de identificar la forma del discurso dominante abierto son las ceremonias y rituales que organizan para mostrar y demostrar sus hallazgos: fiestas conmemorativas, entregas de reconocimientos, etcétera. Tales actos devienen espectáculo para consumo de los demás con patrocinio de los primeros. Pero cuando eso se ve contrapuesto por otros escenarios y narrativas, los conflictos llegan. Aun estando posicionado en el punto más conservador puede advertirse a la ciudad como un espacio abierto de tensión y conflicto, el propio emplazamiento lo posibilita. El espacio público es el sitio de la disputa por la legitimación de discursos y prácticas entre los movimientos sociales y las instituciones o el poder.

Tal disputa, sin embargo, se realiza en marcos más amplios. Por eso es que Foucault afirmaba que “Las grandes luchas políticas del siglo XVIII se hicieron alrededor de la ley, del derecho, de la constitución, de lo que es justo en razón y por naturaleza, de lo que puede y debe valer universalmente” (1992:195-196). Y las luchas que emprendieron los movimientos sociales del siglo XX fueron, por un lado, para evitar perjuicios culturales, de tradición y económicos (Burke, 1992), y por el otro, para proponer cambios en los niveles político, social y económico. Y tales luchas debían, entonces, mostrarse, abrirse, manifestarse en el espacio público.

Por cierto, manifestar es “mostrar claramente”, lo contrario de oscuro, que es “oculto”, “encubrir”, algo “sin luz”. Manifestar es sinónimo de “aire libre”, como las calles, como el espíritu, como la atmósfera, pero relacionado con infestar, que no es otra cosa que “atacar”, “tur-

polizadores, acusando, además, de que no hay libertad cuando una clase impone hambre a otra, y ejerce el derecho de vida y muerte. Se reclama que las leyes, hechas por los ricos, son crueles respecto a los pobres. De ahí que se hable de una distinción entre “libertades formales” y “libertades reales” (Touchard, 1961).

bar” (Gómez de Silva, 1985), que es exactamente lo que algunos movimientos sociales realizan en el emplazamiento público: confrontan al poder, se ponen frente al otro, se muestran, se exhiben y le hablan de tú a tú; también lo desafían, baste recordar las consignas de las marchas: “Ya vamos llegando, el gobierno está temblando”, lo cual por cierto no ocurre, pero suena bien entonarlo.

Y es que muchas veces “el discurso público es el *autorretrato* de las élites dominantes donde éstas aparecen como quieren verse a sí mismas” (Scott, 1990:42),³⁶ y son estos grupos los que consideran como suyos los emplazamientos públicos, pero no faltan actores, movimientos que contraponen otros discursos, otras actuaciones, así sean agrupaciones clandestinas pero que saben que deben ganar ese espacio abierto, donde pueden ser escuchados y tomados en cuenta. Más aún, hay un discurso y prácticas que los movimientos, carentes de poder instrumental, utilizan frente al poder, y simple y llanamente se manifiestan de manera abierta como una opción a seguir. La conquista del espacio abierto es más que una conquista simbólica, es hacerse notorio, y es un paso previo al reconocimiento social, ese que es tan importante para la influencia social (Moscovici, 1981). No sólo eso, pues puede, asimismo, concebirse la idea de que entre más público sea el espacio que se viva, más amplia, común o compartida será la actuación y la memoria que hereden a futuras expresiones, asunto que saben los distintos movimientos sindicales, campesinos, urbanos y, sobre todo, los estudiantiles en la ciudad de México desde 1968: todos ritualizan las manifestaciones al Zócalo;³⁷ y, en contraparte, entre más restringido o privado sea el espacio, menor alcance tendrá la actuación y la herencia, memoria, en la medida de que difícilmente se comunica.

A su vez, el lenguaje al que se recurra para expresar las demandas de los movimientos deberá ser más abierto que el usado en la clandestinidad, pues de lo que se trata es de persuadir, convencer, impactar al

³⁶ Al menos en Occidente, el poder es lo que se muestra al esconderse. Deja ver ciertas prácticas y esconde otras. Foucault (1992) dirá que lo que desde el siglo XIX llamamos “vida política”, no es más que la manera que “el poder tiene de ofrecerse en representación”.

³⁷ Los movimientos estudiantiles dependen menos de lo que ocurre dentro de sus centros de estudio que de su capacidad de expresión e impacto afuera para lograr una negociación. Para existir, por ende, deben salirse de lo sectorial, lo cual implica asaltar el espacio público.

público al que se dirige. Los códigos encriptados y los lenguajes cifrados quedan para otros momentos y sitios, eso lo saben hasta los movimientos armados que pretenden lograr convencer de sus propósitos a una sociedad. Cuestión de leer los discursos duros, característicos de un grupo oculto, que produce la guerrilla del estado de Guerrero (EPR); en contraste se encuentra el discurso más fresco, abierto, incluso literario y vivaz que manifiesta la guerrilla del estado de Chiapas (EZLN).³⁸ Lo mismo puede advertirse en movimientos campesinos, como los de San Salvador Atenco (que se opusieron a la construcción del aeropuerto internacional en sus tierras), acostumbrados a la resistencia: un discurso duro, incendiario, compacto, correoso, pero que tiende a la confrontación. Hay que señalar, entonces, que la actitud que se encuentra detrás de los actos de deferencia se funda en elementos externos al acto mismo. En el espacio por ejemplo. Quizá por eso se ha indicado que los movimientos sociales actuales “sólo tienen ante sí como condición de su éxito la capacidad de expresar en forma genuina los ideales de participación de los marginados en un lenguaje atractivo para los sentimientos de los grupos y de la sociedad en general” (Nivón, 1998:79). Y éste tiene que ser necesariamente abierto, pues de lo contrario no se comunicaría ni se estaría al tanto de lo que postulan. Desde esta perspectiva puede entenderse el carisma, no como algo inherente a ciertos individuos, sino como algo relacional, donde una parte del público se reconoce en los actos o discursos del ejecutante o hablante; es una cualidad que ellos admiran y que de hecho ellos ayudan a producir.

Ahora bien, los desafíos que manifiestan los movimientos lo hacen mediante la acción directa disruptiva, la confrontación, y ésta se presenta en el espacio público, aunque en ocasiones es oculta, ahí, como se ha señalado, toma la forma de resistencia.³⁹ Un movimiento social

³⁸ Otro tanto puede señalarse con respecto a lo que se maneja en el discurso, los ideales, como la moralidad y la justicia a la que se apela, y los espacios afectivos a los que se dirige. No tanto la racionalidad sino a la sensibilidad. El EZLN, otra vez, es ilustrativo al respecto. El propio *Marcos* así lo ha expresado cuando advierte que sus textos se dirigen menos a la cabeza y más al corazón (EZLN, 1994): los movimientos en tal caso se piensan menos y se sienten más, son un estado afectivo. Se mueven más en lo simbólico y menos en lo duro de lo real y objetivo (Cantril, 1941). No se contraponen datos sino acciones y discursos verosímiles: acciones y palabras con sentido.

³⁹ Sí, como algunos teóricos señalan en el sentido de que un movimiento social es aquel de largo alcance, de largo aliento, capaces de incidir en las estructuras sociales, como

para que sea considerado debe manifestarse, debe exponerse, debe confrontar, debe cuestionar el quehacer de las instituciones, del gobierno, al menos de forma discursiva, por ejemplo con comunicados, y así ya se está actuando en el plano público, de ahí que se diga que “la construcción de un movimiento social es una acción extrema de libertad colectiva” (Ibarra y Tejerina, 1998:12). Y la conformación de tales agrupaciones no debe ser necesariamente numerosa, pues lo que cuenta en no muy pocos casos es su expresión. Moscovici ha señalado que en ocasiones un grupo reducido puede suplir la amplitud numérica y la presencia física por el escándalo y el uso de los medios de comunicación: los altermundistas así lo hicieron, aunque, como lo indica Tarrow (1994), son escasos los recursos que se pueden contraponer a los medios en una lucha donde los últimos atacan a los movimientos sociales. Pero ocurre también que este tipo de grupos, que algunos denominan *nuevos movimientos sociales*, resultan ser la parte más visible y acalorada de un movimiento social más amplio, quizá por su presencia en el escenario público o porque otros movimientos reproducen algunas de sus prácticas, por ejemplo, la confrontación, llaman más la atención y llegan a suplir al resto de los actores con los que se mueven.

En efecto, los movimientos sociales pueden entenderse, asimismo, como redes de organizaciones y colectivos que se mueven con estrategias de cooperación o confrontación con otros agentes que se mueven en el mismo espacio de intenciones (Ibarra y Tejerina, 1998).⁴⁰ Es una especie de globalización de movimientos ante la globalización del poder. La Internacional de la Esperanza de 1996, fundada en Chia-

algunos conciben la participación política, habrá que considerar las huelgas, los mítines, invasiones de tierras y resistencias al desalojo de las mismas como los de San Salvador Atenco; en fin, las concentraciones en contra de ciertas políticas económicas y otras protestas, habrá que mirarlas como episodios de esta acción colectiva denominada movimientos sociales (López, 1991).

⁴⁰ Sabucedo y Rodríguez plantean que: “A partir de la década de los 60 se asiste a una generalización de las actividades de protesta política que hasta aquel momento eran utilizadas por grupos muy reducidos y marginales de la población. Ahora, en cambio, numerosos grupos sociales recurren a ellas como forma de llamar la atención sobre sus problemas y lograr el cambio social. Este nuevo ambiente político lleva a los investigadores a interesarse por la amplitud de esos movimientos y por las causas que los originan” (1997:109). Y dichos grupos recurren a la participación política no convencional, la que se encuentra por fuera de los marcos legales, de las instituciones, y que exige actividades concretas y activas por parte de la gente, más allá de la tranquila emisión de un voto.

pas, es un ejemplo de ello, siendo un antecedente inmediato y claro de los denominados *altermundistas*.⁴¹ Por cierto, contrariamente a lo que pudiera creerse, la globalización de los de arriba no minimiza ni oscurece las tradiciones e identidades colectivas nacionales, más bien las sitúa en el centro de la construcción social de la realidad en estos tiempos de “sobreglobalización” económica y cultural.⁴² O en su defecto, parece cierto lo que se ha señalado en el sentido de que los movimientos sociales actuales generan identidades alternativas a las que se pretenden imponer.

Por otro lado, en los últimos años los movimientos sociales en América Latina adquieren un rasgo posmoderno. Véase si no: intentan representar una “transformación de la práctica política de la sociedad de un esquema vertical y corporativo a otro horizontal y participativo sin que necesariamente esto suponga un desarrollo de la ciudadanía política y cultural” (Nivón, 1998:77). Y se manifiesta de manera abierta, o al menos se pretende discutir esas disposiciones: argumentar y contraargumentar las formas, que es el retorno de la retórica, ese arte que se fundó en la plaza pública de Atenas hace 25 siglos.

Relaciones: privado y público, resistencia y confrontación

Elliot lo advertía: la actuación con máscaras, o la actuación privada u oculta, no puede ser indefinida, así se trate de una agrupación oculta, de grupos proscritos o clandestinos como la guerrilla, tarde o temprano tendrán que emerger a la luz pública. Los movimientos magisteriales de Genaro Vázquez y de Lucio Cabañas, primero abiertos y públicos

⁴¹ Hay disparadores económicos y políticos de los movimientos sociales, pero los hay también de otro tipo: un sismo, como el de 1985 en la ciudad de México; una serie de reformas en una universidad, 1987 y 1999 en la UNAM son claros ejemplos; la instalación de una planta nuclear en un sitio, Laguna Verde en Veracruz así lo expresa; la reunión de políticos ubicados como enemigos, Cancún y Guadalajara, en México, son muestra de ello, o un modelo económico social, globalifóbicos y zapatistas son su antítesis.

⁴² Ahora los movimientos sociales, la acción colectiva, se encuentran en el marco de la globalización (Ibarra y Tejerina, 1998). Los centros de poder se desplazan con este proceso acelerado de movilización de recursos económicos, culturales, de bienes y de información. Surgen ahora estructuras sociales que aún no terminan de consolidarse: se tiene la conciencia de que se está en medio de la transformación.

confrontando a las instituciones, fueron reprimidos y mandados al rincón de las montañas a resistir y conspirar. De lo público pasaron a lo encubierto, para de ahí, después de cierto tiempo, volver al escenario abierto y manifestarse, pero ya con las armas en la mano, que fue el camino que les dejaron. Ésa es la dinámica psicosocial en la que diversos movimientos sociales se desplazan: ahora en lo privado, luego un salto a lo público, o a la inversa, ahora en lo público, luego a reorganizarse en lo privado. Hay movimientos que nacen en lo cerrado, lejos de las miradas del poder porque ésa es su táctica, como algunas agrupaciones guerrilleras. En México tienen su buena historia, sus tiempos y formas: en la conquista, como forma de resistencia estuvieron a salto de mata; luego, en el movimiento de Independencia se mostraron, sobre todo, de manera abierta, pública; a inicios del siglo XX las primeras agrupaciones, las magonistas, fueron oscuras, cerradas, igual que muchos de sus discursos, en esas condiciones crecieron y se difundieron, pero tuvieron que actuar allá por 1906 y lo hicieron en la escena abierta. En los sesenta y setenta, antes de ser encubiertos, sus integrantes actuaban de manera abierta en distintos movimientos, pero fueron obligados mediante represiones a sumergirse en la clandestinidad, y después de cierto tiempo a actuar en el espacio público: bancos y funcionarios eran sus blancos. La década de los noventa no describe nada distinto: hay una recurrencia (Montemayor, 1997).⁴³

Otras expresiones sociales, como los movimientos estudiantiles, según todo lo indica, nacen en el espacio abierto, ése es su *sine qua non*, las explanadas, no los salones de clases, sino los corredores, las cafeterías, etcétera. Son abiertos pues nada tienen que ocultar; sus discursos, de igual forma, son francos, de clara confrontación, nada hay que resistir, pero sí contraponerlos de manera notoria para que todos los que quieran se percaten, a la usanza tipo ágora. Pero el que nazcan en esas condiciones no asegura que ahí se mantengan, porque, como se sabe de las represiones de 1968 y 1971, varios de los participantes de los movimientos estudiantiles han engrosado las filas guerrilleras, esto es, se sumergieron en el espacio privado, y desde ahí resistieron y

⁴³ En múltiples casos las instituciones han mostrado poca o nula capacidad para entablar un diálogo con los distintos movimientos, y escasa sensibilidad para coincidir en propuestas con las distintas expresiones de los movimientos. Ello se debe, en ocasiones, al pensamiento que domina en tales instituciones, por ejemplo las conservadoras o de derecha, como ocurre actualmente en el caso mexicano.

después actuaron abiertamente. Lo mismo en las manifestaciones de fines del siglo XIX, que en las de los años veinte, que en todos los subsecuentes movimientos de la segunda mitad del siglo XX. Ahí también hay recurrencia.

Cierto es que en múltiples casos la resistencia se traduce en rebelión abierta, en movimiento social. El siglo XX es ilustrativo al respecto. En formas más o menos organizadas y con cierta permanencia. Lo que parecía que no estaba por lado alguno, empieza a “moverse”. En ese tenor, aunque no es habitual hablar de “la Reforma alemana como un movimiento social, podría ser útil considerar de esa manera sus primeros años, destacando la importancia de la acción colectiva para modificar el orden existente por medios directos antes que institucionales”; baste recordar que a inicios de la década de 1520 “el movimiento de Reforma de Lutero todavía no había cristalizado en una Iglesia” (Burke, 1992:108).⁴⁴

El vaivén en los espacios, cerrados o abiertos, ha estado en función del tipo de movimiento en que se participa, pero también, y no menos importante, de la respuesta que la contraparte ha dado. Los movimientos campesinos lo saben también: ayer tomando las calles para impedir que se construyera un aeropuerto en sus tierras, es decir confrontando al gobierno, y hoy resistiendo y no pagando impuestos. A ver cuánto duran.⁴⁵

⁴⁴ “Para pensar los lazos sociales, el pensamiento político ‘burgués’ del siglo XVIII se procuró la *forma jurídica del contrato*. Para pensar la lucha, el pensamiento ‘revolucionario’ del XIX utiliza la *forma lógica de la contradicción*: ésta no es sin duda más válida que aquella. En contraposición, los grandes Estados del siglo XIX se procuraron un pensamiento estratégico, mientras que las luchas revolucionarias, por su parte, no han pensado su estrategia más que de una manera muy coyuntural, e intentando siempre inscribirla en el horizonte de la contradicción” (Foucault, 1992:182-183).

⁴⁵ Paradójicamente, los nuevos movimientos sociales no sólo recurren a formas tradicionales sino también a formas y principios antiguos, que les darán cierta legitimidad en su lucha (piénsese en las constantes protestas comunitarias en contra de edificaciones de los grandes consorcios en sitios considerados “históricos”: sus formas son algo viejas y sus discursos discurren sobre la cultura mesoamericana). Se trata de un principio legitimador. Nuevamente el EZLN es el botón de muestra: movimiento armado vertical que lucha por la democracia; una lucha indígena que reivindica su pasado y tradición, para lo cual hace un buen uso de los medios masivos; la reivindicación de lo local en medio de la globalización, globalizando su lucha; la reivindicación de una forma particular de lucha, y el llamado a emplear otras tantas, diversas; una expresión armada en constante diálogo con las expresiones civiles: “los movimientos sociales son nuevos y viejos a la vez, revolucionarios y democráticos según las épocas, capaces de utilizar múltiples lenguajes

No obstante, ambos tipos de movimientos, los que nacen en condiciones oscuras, poco claras, que desean ocultar sus orígenes, y los que se generan de manera abierta, en el espacio público, saben que es necesario en algún momento la conquista de ciertos emplazamientos públicos, estar con la gente, con la sociedad, al menos en el discurso; e incluso recurrir a los medios de comunicación, porque en ocasiones por ahí pasa la agenda política. Octavio Paz y algunas expresiones armadas lo tenían claro, cuando se ha hablado de “impacto mediático”, o la denominada “guerra de propaganda”, y en ocasiones los que pro-

innovando y revitalizando los discursos de la transformación de la sociedad” (Nivón, 1998:79). Ante tanta embestida (piénsese en las dictaduras militares, los gobiernos neoliberales, las formas conservadoras, etcétera), los movimientos sociales también se renuevan, proponen nuevas moralidades sociales y políticas (alejados, por ejemplo de la nicaragüense piñata sandinista –enriquecimiento con la colaboración del aparato de gobierno–) y plantean nuevos escenarios de renovación tratando de evitar, aunque no siempre se logra, repetir los errores de los movimientos clásicos. Efectivamente, los movimientos clásicos difícilmente pueden explicarse sin la propuesta de una forma alternativa de poder, querían participar del poder político y ejercerlo: su punto máximo es la dictadura del proletariado. En cambio, los nuevos movimientos sociales se mueven por la segmentación, con relaciones no institucionalizadas, en lo heterogéneo y en la diferencia (Nivón, 1998). Hay quienes señalan que la no búsqueda del poder es el *sine qua non* de los movimientos. Aunque otros advierten que en no muy pocas ocasiones los movimientos sociales son el antecedente de los partidos, y éstos sí se plantean la toma del poder. Pero hay todo un proceso por el que tienen que atravesar. Basta ver el caso del Partido de la Revolución Democrática en México.

Los denominados nuevos movimientos se ven a cierta distancia de los partidos (aunque en ocasiones hagan uso de su infraestructura), los viejos, conflúan o se movían en esa tesitura; de hecho, muchas eran las tesis sobre “el partido” (así fueran poquitos, como se hacía el chiste en el caso de los trotskistas: dos son ya partido). Con las nuevas expresiones puede advertirse en la actualidad la animadversión de distintos movimientos con la toma del poder, hay una especie de reticencia, a diferencia de décadas anteriores, a ganar espacios de poder, hay una negativa cada vez más rotunda a institucionalizarse. Esto puede advertirse, sobre todo, a partir de mediados de los años noventa y en ello influye menos el zapatismo civil y más el Ejército Zapatista, aunque esto ya lo planteaban los magonistas a principios del siglo XX. Además, los denominados nuevos movimientos sociales son más heterogéneos, multidimensionales en su composición: confluyen en ellos distintas orientaciones, por ello en múltiples ocasiones se denominan frentes, coordinadoras, impulsoras, uniones, etcétera. Hay en ello, curiosamente, particularizaciones, pero eso le otorga, hoy día, más impulso y amplitud a estas expresiones. Hay quienes señalan que los movimientos sociales tienden cada vez más a contar con pocos participantes, basados en estructuras informales no burocráticas y la toma de decisiones colectivas; por ello, la distancia entre quienes dirigen y quienes sostienen el movimiento es poca, y los objetivos del movimiento son menos teóricos y más prácticos (Nivón, 1998). Como proponía un principio anarquista de fines del siglo XIX: la propaganda por la acción.

vienen de lo cerrado logran manejar mejor los medios que aquellos que provienen de espacios abiertos; piénsese en el caso del EZLN y del Consejo General de Huelga de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1999, respectivamente.

Pero también, en ocasiones, hay un manejo intencional de discursos y actuaciones en ambas esferas espaciales: se actúa de cierta forma en el espacio abierto para evitar problemas en el otro nivel. Ahí la noción de deferencia (como condescendencia) parece hacer confluir, de alguna manera, lo que ocurre con algunos movimientos sociales. Las deferencias tienen aquí un lustre de combinación entre lo público y lo privado. Ello porque la deferencia es una forma de interacción que se manifiesta en ciertas situaciones donde se ejerce una autoridad y se manifiesta un acto de conformidad abierta. Bien pueden ser un rito o un hábito, como pueden ser también actos calculados, una simulación, y asimismo, ser actos de respeto asumidos. Por ejemplo, se puede tratar con respeto a un sacerdote particular, pero en general estar en desacuerdo con la Iglesia y su representación.

Puede identificarse entre los movimientos de resistencia el despliegue de cuatro tipos de discursos políticos, dependiendo del grado de conformidad con el discurso oficial y dependiendo de la naturaleza de su público: 1) la forma de discurso más segura e inserta en el escenario público es la que toma forma de halago, de conformidad; hay concesiones retóricas al discurso dominante. 2) Diferente al anterior es el discurso oculto, los distintos grupos se reúnen lejos de las miradas del poder, y ahí puede surgir una cultura política disidente: las barracas de los campos judíos son una buena muestra; los presos políticos que discuten y acuerdan constituyen otro ejemplo. 3) Un tercero, que se encuentra entre los dos anteriores, es la denominada “política del disfraz y del anonimato” que se expresa públicamente pero que se teje alrededor de un doble significado, y en ella se protege la identidad de los actores, ejemplo de ello son los chistes, los rumores, los cuentos populares, las canciones, una buena parte de la cultura popular cotidiana de los grupos en resistencia. Debido a ello podemos advertir que una versión latente, ambigua y codificada de los grupos dominados se mueve en los escenarios públicos. Éstos, sin embargo, son textos, tejidos que están elaborados para evadir ciertos riesgos, para discurrirse. 4) Otro más, es el que rompe con la división entre discurso oculto y público: el primero arremete en el espacio abierto: se ma-

nifiesta⁴⁶ ya medidos los costos y el posible impacto que tendrán. Los cuatro tipos de discurso pueden, igualmente, pensarse para el caso de los movimientos sociales que confrontan, y ello, también, dependerá de los momentos y situaciones en que se encuentren.⁴⁷

“Lo más grave es que la falta de conocimiento sobre la conflictividad social y política más generalizada –la latente y la que se expresa en los pequeños combates diarios– lleva a muchos investigadores a suponer que sólo se mueven los protagonistas de los movimientos sociales ‘oficialmente’ reconocidos por la prensa o por las ciencias sociales” (López, 1991:25). Es decir, lo público o abierto en detrimento de lo oculto o privado. Eso es justamente lo que provoca las sorpresas, como la del 1 de enero de 1994, la explosión estudiantil de la UNAM en 1999 o la resistencia de los campesinos de San Salvador Atenco. O lo que ocurrió en el centro de la capital de Oaxaca con el pintor Toledo de por medio (oponiéndose a la construcción de un McDonald’s en el centro de la ciudad), o lo que recientemente se vivió en Cuernavaca con las protestas por la edificación del Costco al igual que en Teotihuacan con el Wal Mart: ahí la resistencia se combina con la confrontación; lo no notorio, lo que estaba oculto emerge de manera abierta, y entonces llama la atención: se reconoce socialmente. Y es que los distintos movimientos sociales se mueven en los dos espacios: privado y público, resistiendo y confrontando. Aunque sea para acordar algunas cuestiones menores hay que recurrir a lo oculto para no mostrar la estrategia ante el adversario. Para acordar agendas, para delinear los pasos a seguir, para replegarse, para resistir, para reorganizarse, para distintas cosas hay que visitar el sitio privado y ocultarse. Y luego nuevamente mostrarse y enfrentar.

Como aquello que ocurrió a mediados de los años setenta. Mientras que se consideraba que los trabajadores protagonizaban insurgen-

⁴⁶ “El discurso oculto de los grupos subordinados reacciona frente al discurso público creando una subcultura y oponiendo su propia versión de la dominación social a la de la élite dominante. Ambos son espacios de poder y de intereses” (Scott, 1990:53). Pero ésta pretende extenderse más allá de los espacios privados.

⁴⁷ El método para el estudio de los movimientos sociales sigue siendo algo aún complejo. Al inicio fue la producción de información por parte de los investigadores: estudios de caso en el trabajo de campo, entrevistas con dirigentes y “bases”; la observación participante, historia oral, de vida. La prensa en menor medida, toda vez que en ésta se da cuenta sobre todo de conflictos sociales que ellos consideran relevantes, relegando la conflictividad más cotidiana y con menor impacto en la prensa a lo oculto o inexistente.

cias sindicales, luchaban por los contratos colectivos y desafiaban a los líderes “charros”, en una de las resoluciones de su tercer reunión nacional de abril de 1974, la Liga Comunista 23 de Septiembre manifiesta atacar, “matar”, a los líderes “charros” (Ramírez, 2004b). De esta forma, en febrero de 1977 un comando armado de este grupo guerrillero se presenta en la asamblea de los trabajadores de la Cervecería Modelo y propone, para lograr la solución de las demandas, secuestrar al dueño de la empresa. Son despedidos 100 trabajadores. Como respuesta, en abril de ese año, la Liga Comunista 23 de Septiembre secuestra al presidente del consejo de administración y obtiene 25 millones de pesos, la reinstalación de los trabajadores despedidos y el pago de pensión a más de 150 jubilados. Días después, la Dirección Federal de Seguridad (la policía política del régimen) da con la casa clandestina del grupo y asesinan o desaparecen a los guerrilleros (Ramírez, 2004a).

Finalmente, lo que podría decirse es que hay distintas maneras de mirar esta relación de lo público y lo privado, de la resistencia y la confrontación en torno a los movimientos sociales. Así, por referir, la relación poder-resistencia-confrontación puede concluir, después de un tiempo en “acuerdos” oblicuos, en lo que se ha denominado “pacto de dominación” (Brachet-Márquez, 1996).⁴⁸ El presente trabajo constituye sólo un acercamiento, pero hay otras formas, como la que señala que los sistemas políticos tradicionales marcan claramente la división entre lo público y lo privado, siendo esta división la que se impone. Por tanto, si se quiere entender el deseo que los grupos en el poder tienen por mantener un cierto control sobre estas esferas, entonces se deberá comprender que tal división y su manejo se vuelven

⁴⁸ Por caso, México. “Este argumento es muy simple: pretendo demostrar que los grupos subalternos fueron partícipes en la conformación del sistema autoritario *sui generis* que se arraigó en México. El mecanismo de la participación de estos grupos en la transformación del régimen es la confrontación con el Estado, que hace peligrar los principios fundamentales que sostienen al régimen. Las políticas sociales surgen de la necesidad, para las élites estatales, de disuadir a las bases de seguir la disidencia. El resultado es un proceso histórico discontinuo de tensiones, confrontaciones, concesiones y retornos sucesivos a la paz social. En términos analíticos, estas presiones ‘desde abajo’ son conceptuadas como fuerzas de transformación de lo que llamo el pacto de dominación [...] Esta tesis remite a una concepción del poder que no consiste en contar hombres, sindicalizados o fusiles, sino en entender las presiones ejercidas sobre los delicados resortes de una legitimidad estatal basada en una agenda redistributiva” (Brachet-Márquez, 1996:12-13).

necesarias; pero los movimientos sociales, por su parte, niegan tales distinciones y manejos, y en su andar cotidiano y de las calles cuelean lo supuestamente privado en el espacio público (“lo personal es político”, gritaban las feministas de los años sesenta y setenta), y al revés, introducen lo público en el ámbito privado (democratizar el hogar, proseguían),⁴⁹ y con ello contribuyen a ensanchar la realidad intersubjetiva, la realidad comunicativa, ésta en la que nos encontramos inmersos todos los días. El feminismo, las reivindicaciones de los homosexuales, las movilizaciones estudiantiles y las exigencias de la legalización de ciertas drogas como la marihuana, constituyen muestra de ello. Y esa dinámica es la que parece dominar la vida cotidiana. Y es la que tiene sentido.

Bibliografía

Arciga, Salvador *et al.*, eds.,

2004 *Del pensamiento social a la participación. Estudios de psicología social en México*, Somepso/UAT/UNAM/UAM-I, México

Bajtín, Mijail

1987 *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza, Madrid.

Bobbio, Norberto

1984 “El poder y el derecho”, en Norberto Bobbio y Michelangelo Bovero, *Origen y fundamentos del poder político*, Grijalbo, México, pp. 19-36.

⁴⁹ A fines del siglo XIX la conversación, junto con la prensa, constituyó factor de opinión. La conversación, decía Gabriel Tarde, era el factor de opinión más continuo y universal, a la vez que indivisible y, en ese entonces, se argumentaba que si no se conversaba los periódicos perdían sentido. Tarde (1901) explicaba: “entendiendo por conversación todo diálogo sin utilidad directa e inmediata, en el que se habla sobre todo por hablar, por placer, por juego o por cortesía” (p. 93). Y la opinión se hace, sobre todo, de conversación: una sociedad es lo que platica, aseveraba. Y no son los públicos los que hacen la conversación sino la conversación la que hace a los públicos. Con la conversación se introduce el terreno de lo privado en la esfera pública. De hecho: “el origen del periódico es secular y familiar, proviene de la carta privada, que a su vez proviene de la conversación. El periódico es una carta pública, una conversación pública, que derivó de las cartas privadas y la conversación y que ahora se convierte en su gran regulador y su más abundante nutriente” (Tarde, citado en Fernández Christlieb, 1994:57).

- Bobbio, Norberto y Michelangelo Bovero
1984 *Origen y fundamentos del poder político*, Grijalbo, México.
- Bovero, Michelangelo
1984 “Lugares clásicos y perspectivas contemporáneas sobre política y poder”, en Norberto Bobbio y Michelangelo Bovero, *Origen y fundamentos del poder político*, Grijalbo, México, pp. 37-64.
- Brachet-Márquez, Viviane
1996 *El pacto de dominación. Estado, clase y reforma social en México (1910-1995)*, El Colegio de México, México.
- Burke, Peter
1978 *La cultura popular en la Europa moderna*, Altaya, Barcelona.
1992 *Historia y teoría social*, Instituto Mora, México.
- Cadena, Jorge
1991 “Notas para el estudio de los movimientos sociales y los conflictos en México”, en Víctor Muro y Manuel Canto, coords., *El estudio de los movimientos sociales: teoría y método*, El Colegio de Michoacán/UAM-X, México, pp. 37-49.
- Calvino, Italo
1972 *Las ciudades invisibles*, El Mundo, Madrid.
- Campbell, Federico
1994 *La invención del poder*, Aguilar, México.
- Cantril, Hadley
1941 *Psicología de los movimientos sociales*, Euroamérica, Madrid.
- Castañeda, Salvador
1980 *¿Por qué no dijiste todo?*, Grijalbo, México.
- Castoriadis, Cornelius
2000 *Ciudadanos sin brújula*, Fontamara, México.
- Dockcroft, James
2004 “Los movimientos sociales latinoamericanos” en *La Jornada*, México, 3 de julio, p. 23.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional
1994 *EZLN. Documentos y comunicados*, Era, México.
- Fernández Christlieb, Pablo
1987 “Consideraciones teórico-metodológicas de la psicología política”, en Martiza Montero, coord., *Psicología política latinoamericana*, Panapo, Caracas, pp. 75-104.

- 1991 *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*, Universidad de Guadalajara, México.
- 1994 *La psicología colectiva. Un fin de siglo más tarde*, Anthropos/ Colegio de Michoacán, Barcelona.
- Foucault, Michel
- 1992 *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid.
- Gómez de Silva, Guido
- 1985 *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, México.
- González Pérez, Marco A.
- 2004 “Características psicosociales de los grupos ocultos: una definición inicial”, en Salvador Arciga *et al.*, eds., *Del pensamiento social a la participación. Estudios de psicología social en México*, Somepsu/UAT/UNAM/UAM-I, México, pp. 209-220.
- González Rodríguez, Sergio
- 1990 *Los bajos fondos. El antro, la bohemia y el café*, Cal y Arena, México.
- Green, James
- 2000 *Taking History to Herat: The Power of the Past in Building Social Movements*, University of Massachusetts Press, Massachusetts.
- Guerrero, Alfredo
- 2004 “Representaciones sociales, movimientos sociales, ruptura y constitución de sujetos”, en Salvador Arciga *et al.*, eds., *Del pensamiento social a la participación. Estudios de psicología social en México*, Somepsu/UAT/UNAM/UAM-I, México, pp. 381-398.
- Halbwachs, Maurice
- 1950 *La mémoire collective*, PUF, Paris.
- Hirales, Gustavo
- 1996 *Memoria de la guerra de los justos*, Cal y Arena, México.
- Hobsbawn, Eric
- 1994 *Historia del siglo XX*, Crítica, Buenos Aires.
- Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerina, eds.
- 1998 *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.

JORGE MENDOZA GARCÍA

- Jiménez, Armando
 1998 *Sitios de rompe y rasga en la ciudad de México. Salones de baile. Cabarets. Billares. Teatros*, Océano, México.
- Lacoste, Amiral y Francois Thual
 2001 *Services secrets et géopolitique*, Lavauzelle, Paris.
- Le Bon, Gustav
 1895 *Psicología de las multitudes*, Divulgación, México.
- López, Adriana
 1991 “Movimientos políticos, movimientos sociales”, en Víctor Muro y Manuel Canto, coords., *El estudio de los movimientos sociales: teoría y método*, El Colegio de Michoacán/UAM-X, México, pp. 21-35.
- Mendoza García, Jorge
 2004 *El conocimiento de la memoria colectiva*, UAT, México.
- Montemayor, Carlos
 1997 *Chiapas. La rebelión indígena de México*, Joaquín Mortiz, México.
- Moscovici, Serge
 1981 *Psicología de las minorías activas*, Morata, Madrid.
- Muro, Víctor y Manuel Canto, coords.
 1991 *El estudio de los movimientos sociales: teoría y método*, El Colegio de Michoacán/UAM-X, México.
- Nivón, Eduardo
 1998 *Cultura urbana y movimientos sociales*, UAM-I/Conaculta, México.
- Pratt, Henry
 1944 *Diccionario de sociología*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ramírez, Jesús
 2004a “Liga Comunista 23 de Septiembre, historia del exterminio”, en “Masiosare”, núm. 327, suplemento de *La Jornada*, México, 28 de marzo, pp. 8-9.
 2004b “La lista negra de la Liga según la DFS”, en “Masiosare”, núm. 327, suplemento de *La Jornada*, México, 28 de marzo, pp. 10-11.
- Sabucedo, José Manuel y M. Rodríguez
 1997 *Medios de comunicación de masas y conducta política*, Biblioteca Nueva, México.

- Scott, James
1990 *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México.
- Tarde, Gabriel
1901 *La opinión y la multitud*, Taurus, Madrid [1986].
- Tarrow, Sydney
1994 *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid.
- Torrijos, Fernando
1988 “Sobre el uso estético del espacio”, en José Fernández Arenas, coord., *Arte efímero y espacio estético*, Anthropos, Barcelona, pp. 17-78.
- Touchard, Jean
1961 *Historia de las ideas políticas*, Tecnos, Madrid.

Artículo recibido el 27 de noviembre de 2005
y aceptado el 20 de febrero de 2006